

## A los Lectores

**P**IDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

## A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

## La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios

Pida  
detalles  
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Nº 281

25 Cts.



EL  
PADRINO IDEAL

13  
FOR  
Dolly Davis,  
André Roanne,  
Livio Pavanelli,  
etc.

**FilmoTeca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A

Año VI                      BARCELONA                      N.º 281

---

## EL PADRINO IDEAL

Deliciosa comedia cinematográfica interpretada por los célebres artistas DOLLY DAVIS, ANDRÉ ROANNE, LIVIO PAVANELLI, AGNES DE ESTERHAZY, ADOLF ENGERS, SILVIO DE PEDRELLI, ETC.

Producción ALGA FILM de  
LES FILMS DE FRANCE  
(SOCIÉTÉ DES CINÉROMANS)

Adaptada por GASTON RAVEL  
Distribuidores: PATHÉ CONSORTIUM CINEMA

Exclusiva especial GAUMONT  
Paseo de Gracia, 66 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal de  
BÁRBARA KENT

# EL PADRINO IDEAL

## Argumento de la película

En el siglo XVI se amaron intensamente Romeo y Julieta; en el siglo XX se aman, un poco menos intensamente, Joe y Josette.

Josette Dupré la heroína de esta historia de amor no tan romántica como la de los célebres amantes de Verona, era una "niña bien", exquisitamente bien, con algo de dibujo picaresco de "magazine" elegante y algo de muñeco de "boudoir". Ama los deportes, el "jazz-band", los cigarrillos egipcios y los trajes preciosos... y por encima de todas estas cosas, ama a Joe, su novio.

Joe Jackson, el Romeo de Josette, es un inglés, rico y deportista. Ha tenido la suerte de que un "flirt" iniciado para matar el tiempo, se haya convertido, gracias a la oposición del papá de Josette a la relación de su hija con el hijo de Mr. Jackson, su rival comercial, en un noviazgo casi apasionado, en virtud de esas leyes infantiles que imponen enérgicamente la ejecución de los actos prohibidos.

En el campo de "golf" donde tenían lugar las inocentes citas de la joven pareja, Joe protestaba:

—¡A los diecisiete años tener que necesitar el

permiso de su padre para casarse!... ¡Es una vergüenza, Josette! ¡En Francia la libertad sólo está escrita en los monumentos públicos, para engañar a los turistas extranjeros! ¡Es también un artículo de exportación!

Josette, consternada, asintió a la indignadas palabras de su novio y bajó la cabeza.

—Y toda esa oposición, ¿por qué? — exclamó Josette de pronto.

—¡Porque tu padre tiene un pleito con el mío!

—Es verdad — reconoció Joe —. No habrá más remedio que esperar la solución de ese asunto maldito...

—¡Eso no, Joe! Entonces seríamos centenarios...

—Se me ocurre una idea, Josette... ¿Y si yo te raptase? — propuso iluminado de súbito el enamorado.

—No adelantáramos nada, Joe... Papá haría que la policía nos trajese a los dos de las orejas, a casa.

Desolada, Josette rindió la dorada y tempestuosa cabeza agotada de ideas y cansada de tanto barruntar. Por fin tuvo un movimiento solemne de niño que en vista de lo irrealizable de una travesura se decide por otra más difícil o más cómoda, y exclamó en un arranque dramático:

—Entonces, Joe, no nos queda más que un camino: ¡muramos juntos... como Romeo y Julieta!

Joe acogió la solución de su novia con grandes carecajadas:

—¡Eres grande, Josette!... ¡Cuando te pones trágica, resultas enormemente cómica!

De nuevo, ambos amantes quedaron sumidos en

profundas cavilaciones. ¿Cómo se las arreglarían para hacer algo?

—¡Oh, Joe! ¡Una idea! — gritó entusiasmada Josette —. Mi padrino es un hombre que sabe encontrar solución para todo... El nos aconsejará.

Y dicho y hecho. Las dos criaturas que al menos habían encontrado ya un motivo para ejercitar su inquietud de deportistas y de chiquillos, salieron a la captura de sus automóviles y se dirigieron a la lujosa "garçonnère" que Andrés Ternay, el padrino de Josette, poseía en una de las vías más aristocráticas de París.

Andrés Ternay era un solterón calavera, sibarita y reposado. Hombre de mundo, comprensivo y tolerante, que quería honradamente, con un gran cariño paternal, a su ahijada.

Susana, la amiga oficial de Andrés, su "bibelot"... un "bibelot" que a Andrés ya le iba pareciendo un poco aburrido, se acercó a su amante que se disponía a salir y le reconvinó amorosamente:

—Andrés, olvidas que tenemos invitados...

—Es verdad, pero estoy muy ocupado, querida...

—¡Para ti no hay más que tus negocios y tu ahijada, tu ahijada y tus negocios!... ¡Yo soy un cero a la izquierda!

Susana se ponía escénica, y Andrés le dedicó unas palabras y unas caricias leves de excusa.

Los hombres fuertes, los hombres acostumbrados a triunfar en la vida, gustan de tener a su lado, a guisa de bastón, a uno de esos hombrecillos insignificantes que tanto abundan en todas las esferas.

Agapito Panard, el infeliz cabaretista rechoncho y jovial, era el bastón de Andrés.

Agapito echaba las cartas en aquel momento. Y sus deducciones quirománticas le hicieron exclamar dirigiéndose a su amigo y señor:

—¡No falla, Andrés!... ¡Morirás soltero!

Andrés tuvo una sonrisa indiferente, y Agapito acercándose melosamente a Susana, murmuró:

—¡Ay, Susanita de mi vida, si las cartas mintiesen... si un día se casase Andrés y usted quedase libre!...

La amante de Andrés fulminó al desdichado galanteador con una mirada. ¿Iba a traer algún mal suceso aquel majadero con sus agüeros?

De pronto irrumpió en la "garçonnère" llena de los disipados amigos de Andrés, la gracia dorada de la traviesa Josette, que abrazando a su padrino le dijo:

—Necesito tu ayuda... Es preciso que hablemos ahora mismo.

Andrés abandonó su alegre tertulia y condujo a su ahijada a su despacho particular, pasando entre el asombro y la maliciosa admiración de los invitados.

—Vamos a ver, pequeña, dime.

—Padrino, yo quiero casarme con Joe Jackson por razones... sentimentales — explicó, poniéndose grave, Josette—. Papá se niega a dar su consentimiento por razones... comerciales.

—¿Y qué quieres, hija mía?

—Que me des una solución al conflicto — pidió la atribulada criatura.

—No tienes más remedio que someterte a la voluntad de tu padre, Josette: eres menor de edad...

Josette protestó la sentencia de su padrino y fué

a sentarse preocupada en un sofá, mientras abajo, Joe Jackson empezaba a fastidiarse sentado en su automóvil, esperando a su novia.

Andrés Ternay sacó de un armario un pequeño tomo de derecho civil y se instaló al lado de su ahijada.

—El Código nos dirá exactamente cuál es tu caso.

Leyó Ternay, y sonriendo complaciente a la pequeña, declaró:

—Una joven menor de edad no puede disponer de sí misma sin la autorización paterna... excepto en el caso de que haya estado ya casada.

—¿De veras?

—Sí, el matrimonio emancipa a la mujer.

—Entonces, si yo me casase con otro hombre que mereciese la aprobación de papá, ¿el divorcio me dejaría completamente libre?

—En efecto — afirmó Andrés.

—¡Padrino... padrino de mi alma! ¡Me has dado una idea genial!

Josette se levantó del sofá y se abrazó encarándose a su padrino.

—Eres el hombre más bueno y más simpático que he conocido — decía Josette mientras daba vueltas en brazos de Andrés.

Desde el "hall" Susana los veía por la gran puerta abierta del despacho, y su fisonomía se contraía de celos.

—¡Míralos, míralos, Agapito! — señaló irritada. Consternado, Agapito levantó los ojos.

—¡Esa Josette es una niña trapacera!

Josette se bajó de los brazos de su padrino y le preguntó como quien se informa de la disponibilidad

de un cachivache cualquiera para suplir la necesidad de un objeto:

—Oye. ¿No tienes a mano algún hombre que me pueda servir de marido?

Y fué hacia la baranda que se asomaba al salón



—Una joven menor de edad no puede disponer de sí misma sin la autorización paterna...

donde se reunían los amigos de su padrino. Después de haber examinado con decepcionada curiosidad a todos aquellos hombres depravados y estragados por la juerga y el vicio, Josette volvió la cabeza y declaró:

—¡Ninguno vale la pena!

Su mirada, que había descendido al suelo, divisa-

ba las piernas elegantes y fuertes de Andrés. Los ojos de Josette fueron ascendiendo y observando con complacida admiración la gallarda e impecable figura de su padrino. ¡Realmente era un hombre hermoso! ¡Decididamente le gustaba!

Se acercó. Lo contempló enteramente ante el apuro del buen Ternay, que buscaba afanosamente en su indumentaria el detalle extraño que intrigaba a su ahijada.

Esta se apartó un poco e inclinándose ante él en una graciosa reverencia, exclamó:

—Señor Ternay... tengo el honor de pedir su mano...

Andrés se quedó atónito, pero luego, tomando las palabras de Josette como una de sus bromas, se echó a reír divertido de veras. Pero Josette no compartía la hilaridad de su padrino, y sería y resuelta insistía en su pretensión. Por fin Andrés, viendo que la loca "boutade" de su ahijada era una proposición formal, la miró gravemente y exclamó:

—¡Yo tu marido!... ¡Nunca... ni de broma!... Además — repuso con un poco de melancolía — yo ya voy siendo viejo...

Atrajo suavemente a Josette hacia sí y juntó su cabeza con la de ella frente a un espejo. Y la blonda cabeza de la jovencita parecía en el pecho del hombre una flor maravillosa que éste se hubiera prendido en el ojal.

Josette le admiró y protestó cariñosamente:

—No tengas la coquetería de llamarte viejo... Total, ¿cuántos años tienes?... ¿Treinta?...

—Y once más...

—Verás — continuó ella con su aire habitual de decisión y mimosería —; déjame que te presente a Joe. Bajo a buscarle en un vuelo.

Y se precipitó hacia la calle, prorrumpiendo calorosamente, al llegar junto a su novio:

—¡Todo marcha viento en popa!... Si nos damos maña para enredarle, se casará conmigo.

—¡Oh, qué dices! — se asombró Joe anonadado.

—Tú después, hombre... ¡No seas impaciente!

Lo cogió de la mano y lo arrancó del automóvil arrastrándolo de la mano entre los corros de los invitados de Ternay, que cada vez se quedaban más atónitos ante la aparición de los personajes del lío que se armaba en el despacho de Andrés.

Josette condujo a Joe a presencia de su padrino y presentó como una niña contenta que muestra su muñeca:

—Es mi novio... Está bien, ¿verdad?

Joe, un poco cohibido estrechó la mano de Andrés y se preparó a asesorar la peroración y los mimosos razonamientos que su novia dedicaba a su padrino.

Andrés rehusaba enérgicamente ceder, pero Josette extremaba sus caricias:

—¡Padrinito precioso, hazlo para la felicidad de tu pequeñusa que te quiere tanto!

—¡Josette, por favor, que estás abusando de mi debilidad! — suplicó Andrés temeroso de sucumbir a la deliciosa sugestión de su ahijada. Después la tomó por los brazos y le preguntó mirándola fijamente:

—¿Estás segura, bien segura de amar a tu novio?

Josette bajó la cabeza en señal de asentimiento y lanzó una tierna mirada a Joe. Comprendió que a su padrino le faltaba poco para acceder a su diablura y resolvió dar el golpe final: se echó a llo-riquear.

Enternecido, Andrés, y ganado por el encanto irresistible de aquella criatura, se declaró vencido:

—¡Bien, no llores más, qué caramba! ¡Haré lo que quieras!... En cuanto me sueltan unas lagrimitas soy hombre al agua.

Josette olvidó en seco sus lágrimas y le saltó al cuello. Joe juzgó conveniente contribuir a la gratitud de su novia y tendió su mano a Andrés:

—Le agradezco mucho su... sacrificio, señor.

Concedido el consentimiento de servir de puente a la dicha de la parejilla, los tres asociados se dirigieron al escritorio. Joe se sentó y tomando una pluma, dijo:

—“All right”, que decimos en mi país... las cosas bien hechas, extenderemos un contrato en regla.

Una vez escrito éste, Joe leyó: “El señor Andrés Ternay se compromete a ser para la señorita Josette Dupré, un marido figurado, solamente.”

Y el muchacho recalcó intencionadamente, en seguida:

—...¡solamente paternal!... Bien entendido, ¿eh?

A Andrés no le pareció muy halagadora la cláusula. Prosiguió la lectura: “Cuando se haya hecho el divorcio, el señor Joe Jackson se presentará a recibir la entrega de la señorita Josette Dupré.”

—Creo que esto es suficiente...

Convenido y legalizado el curioso pacto, los dos enamorados salieron. Y Andrés se quedó sonriente,

meditando en la original aventura en que acababa de comprometerse.

Susana lo sacó de sus pensamientos, preguntándole:

—¿Qué has estado haciendo arriba durante tanto tiempo?



—¡Bien, no llores más!... ¡Haré lo que quieras!...

—Me he casado — respondió simplemente Andrés.

La noticia cayó como un porrazo sobre la amante de Ternay, que inmediatamente empezó a dar gritos entrecortados que atrajeron a todos los contentulios, en cuyos brazos acabó por caer desmayada.

Al volver en sí por los cuidados de Agapito, la

primera cara que se presentó a los ojos airados de Susana fué la del escudero de su amante. Se sublevó y le plantó dos enormes bofetadas, gritando:

—¡Imbécil!... ¡La culpa la tiene usted por meterse a adivino!

Pocos días más tarde se preparaba el himeneo de Josette y Andrés Ternay.

El buen señor Dupré, rodeado de las blancas damas de la corte nupcial de su hija, explicaba, satisfecho:

—Créanme, señoritas, que estoy realmente encantado de esta boda... Mi hija necesitaba mucho un marido serio.

Y añadió, pavoneándose:

—Hay que desengañarse... La cuarentena es la mejor edad para un hombre.

Entretanto, Josette recibía un magnífico ramo de novia entre cuyas flores recogió la tarjeta de Joe Jackson con una palabra elocuente: Recordatorio. Besó el ramo con emoción.

Su padre continuaba:

—¡Lo que engañan las apariencias!... Yo había llegado a creer que Josette estaba verdaderamente entusiasmada con su "flirt"...

Y el "flirt" a aquellas horas partía en un expreso hacia el viaje que debía entretenerle mientras aguardaba el divorcio de su novia con su marido convencional.

Joe sacó de su cartera un documento y lo repasó: "El señor Andrés Ternay se reserva el derecho de no cambiar en nada sus costumbres actuales y de tener toda la libertad de un soltero. El señor Joe Jackson saldrá de París por un año, se asegurará

contra los accidentes de ferrocarril, naufragio, etc. Evitará los países en guerra y no especulará con el cambio."

—¡"By God"! — exclamó Joe—. ¡En este contrato todo se ha previsto!...

Mientras tanto, los dos recién casados llegaban al "Splendid Hotel" de Evian, primera etapa de su viaje de novios, y Andrés se enteraba consternado de que el hotel estaba completamente lleno.

Dejando a su marido con los gerentes del Palace, Josette se asomó curiosa al gran salón donde se bailaba asiduamente.

Miguel Pasqualini, un Don Juan de hotel, siempre dispuesto a anotar en su carnet una nueva conquista, observó a la jovencita que se había detenido en la puerta, cargada con los últimos regalos de Joe: un monigote y el ramo nupcial.

—Un "pantin"... un ramo de novia... ¿Es una niña o una mujer?

El "maitre", en tanto, declaraba a Andrés:

—No tenemos disponible más que una habitación con una sola cama.

—¿De modo que es lo único que hay? — preguntó Ternay examinando el departamento que le ofrecían.

Ante el primer conflicto, Josette interrogó al muñeco de su novio:

—¿Que va a pasar aquí, mientras tú te diviertes por el mundo, querido Joe?

El "maitre" solucionaba:

—Por una noche... la señora tendrá a bien ofrecerle hospitalidad...

—Si, no te preocupes... ¡Todo se arreglará! — intervino Josette.

—Si usted lo desea — continuó el hotelero ante la resistencia del señor — podemos improvisar una cama en una de las mesas de billar...

Andrés aceptó descansado. Besó afectuosamente la frente de su esposa y salió.

Ante aquel beso, el hotelero creyó haber cometido la gran plancha al suponer un matrimonio a aquella pareja, y pensó:

—¡Me he colado!... ¡Es su hija!

Y reparó saludando desde la puerta:

—Buenas noches, señorita.

—¡Señorita, no; señora!... ¿Es que eso no se ve en seguida? — protestó muy poseída de su reciente dignidad la chiquilla.

Sola, Josette se sintió un poco aburrida y un mucho audaz. Se puso en la boca una larga boquilla aguzada por un pitillo y salió en busca de fósforos y quién sabe si de aventuras.

En el salón, Miguel Pasqualini mariposeaba entre sus amigas, pero al divisar a Josette se apartó disimuladamente del grupo y pasó por su lado.

Ella le llamó pidiéndole lumbre. Y se inició la conversación.

—Miguel Pasqualini, para servirla — se presentó él.

—Yo soy la señora de Ternay.

—¿No baila usted?

—¡Por Dios, no!... Estoy en traje de viaje...

—No importa... Una parisiense es en todas partes y con cualquier vestido, la más elegante.

Bailaron. De pronto, Miguel preguntó:

—¿Y... su marido?

—Debe estar durmiendo en el billar. Nuestro viaje de novios le ha fatigado mucho — explicó naturalmente la inocencia de Josette.

Miguel estaba desconcertado. Después de dos "fox", tres tangos y cuatro charlestons, Miguel y Josette salieron al jardín. De cara a la luna, una pareja cerraba los ojos al mundo para contemplar la visión de su dicha. Un abrazo demasiado apasionado decidió a Josette a abandonarlos a la soledad de sus expansiones y se volvió.

—Son recién casados... Se pasan el día arrullándose — aclaró Miguel.

De vuelta al salón, Josette continuó hablando animadamente con su nuevo conocido, mientras las amiguitas de éste comentaban, mirándolos:

—¡Miguelito ya ha hecho otra conquista!

Josette se explicaba con una deliciosa y abundantísima verbosidad:

—Me gusta reír y divertirme, es verdad... pero cuando es necesario, sé también ser una persona de respeto...

Se echó hacia atrás en un movimiento irreparable y cedieron las vidrieras tras los cortinajes. Miguel y Josette se encontraron así, de improviso, en una habitación a oscuras. Josette tropezó con una cama y acertando a dar la luz vió en la cama preparada sobre la mesa de billar a Andrés Ternay que se había incorporado restregándose los ojos.

La muchacha, atónita, sólo pudo balbucir:

—Mi padri... mi marido.

Miguel se inclinó y desapareció inmediatamente. Andrés se levantó. Quiso indignarse. ¿Pero qué

le iba a decir a la ingenuidad de aquella criatura?  
Una amonestación cariñosa:

—¡Ande usted a la cama, señorita! ¿Dónde ha visto usted que las señoras casadas pierdan el tiempo flirteando?

Y Josette se retiró.



—*Mi padri... mi marido.*

En lides de amor, Miguel Pasqualini tenía la virtud de la constancia, y a la mañana siguiente sorprendía a su encantadora conocida de la víspera, escribiendo a Joe Jackson. Sin ser visto de Josette, Miguel miró desde detrás suyo lo que estaba escribiendo la joven: "Queridísimo Joe: Cuento los días, las horas, los minutos... Tengo unos deseos locos de

volvete a ver. Escíbeme a menudo, pues para vivir necesito saber de ti."

Pasqualini abandonó su observatorio y se presentó.

Un momento después los dos jóvenes se reunían con una pareja amiga de Miguel y proponían a Josette:

—Mañana vamos a hacer una excursión muy pintoresca... Visitaremos el castillo de Chillón... ¿No quiere usted acompañarnos?

—Si mi marido lo permite...

Josette alzó los ojos y vió a su padrino en el balcón del hotel.

—¡Ven, Andrés! — llamó.

Este bajó a unirse a su mujer que saliendo a su encuentro se le echó al cuello y le llenó de besos las mejillas.

—Pero, ¿qué te pasa? — preguntó Andrés atónito.

—¡Calla, déjame hacer!... ¿No ves que todos los recién casados se pasan el día besándose?

Andrés se sentó entre los amigos de su esposa a quien trajeron una carta al poco rato.

Rasgó el sobre nerviosamente Josette, al reconocer la letra de su novio ausente, y dió un grito de alegría al extraer un retrato que éste le dedicaba, y que la pobre chiquilla, desconocedora de su situación en la sociedad, mostró satisfecha a sus amigos.

—¿Un pariente, quizás? — preguntó la malicia de uno de ellos.

—No... un amigo... un amigo muy querido.

Andrés estaba violento y se revolvió angustiado en la silla. Disimuló la imprudencia de su esposa:

—Es, en efecto, uno de *nuestros* mejores amigos...

Y se levantó en seguida. Saludó y se fué seguido de Josette que protestaba del papel que acababa de hacer ante aquellos señores.

—¡Me estás poniendo en ridículo con tus ingenuidades, Josette! Mañana a primera hora nos vamos de aquí.

Pero al día siguiente, la excursión proyectada ofrecía un programa tentador y la traviesa muchacha no pudo resistir a la tentación de tomar parte en ella.

Y cuando Andrés, después de haberlo preparado todo para la partida, fué al hotel a avisarla, se enteró de que se había ido de excursión con sus nuevos amigos. Fuertemente contrariado, Andrés tomó un *auto* y se hizo conducir a la dirección que habían tomado los expedicionarios, decidido a recoger a su despreocupada esposa.

Esta, navegando en el "yacht" que atravesaba el magnífico lago de Lenan hacia el castillo de Chillón, se entregaba sin ninguna desconfianza al galanteo de Pasqualini que cada vez se hacía más atrevido.

—¡No sabe usted los esfuerzos que tengo que hacer para no salirme de los límites de la corrección!... — confesó Miguel apasionadamente al oído de Josette.

Ella se apartó desdenosamente y se distrajo pronto en la contemplación del maravilloso panorama.

Al llegar al célebre castillo de Chillón, Miguel propuso a su compañera:

—Venga usted conmigo... Voy a enseñarle los bellos rincones de este paraíso... los que se ocultan celosamente a la mirada de los turistas.

Josette pareció vacilar.

—¿Tiene usted miedo?

Josette contestó a la pregunta provocativa de Miguel arrojando su abrigo y siguiéndole resuelta y altiva.



—No sabe usted los esfuerzos que tengo que hacer para no salirme de los límites de la corrección.

Y en aquella vetusta soledad histórica y solemne, ambos jóvenes pusieron la audacia de sus exploraciones.

Miguel halló por fin la ocasión que tan discretamente había preparado, y aprovechando un momento de descanso, se apoderó de una mano de Josette y la besó ardientemente.

Josette retiró vivamente incomodada su mano. Y Miguel, irritado, protestó irónico:

—¿Por qué tanto rigor para mí y tanto cariño para otros? Ya sabe usted a quien me refiero — aclaró soez — ...al amigo "muy querido"... que viaja con la esperanza de un pronto regreso y una amable bienvenida...

Y continuando, ya desatado, en la revelación de su canallería, exclamó:

—¡Estoy loco por usted, Josette!... ¡Esta soledad es un incentivo para mi amor!...

E intentó abrazarla. La joven, sorprendida y asqueada, le rechazó violentamente colocándole dos trepidantes bofetones.

Los dientes morunos del italiano rechinaron furiosamente.

—¡Le vale a usted que es una mujer! — rugió.

Josette había divisado a su padrino que llegaba pálido y grave, y se amparó en su pecho.

—¡Es usted un miserable!... — dijo Andrés reconcentradamente —. ¡Yo tomo sobre mí la responsabilidad de las bofetadas y estoy a su disposición!

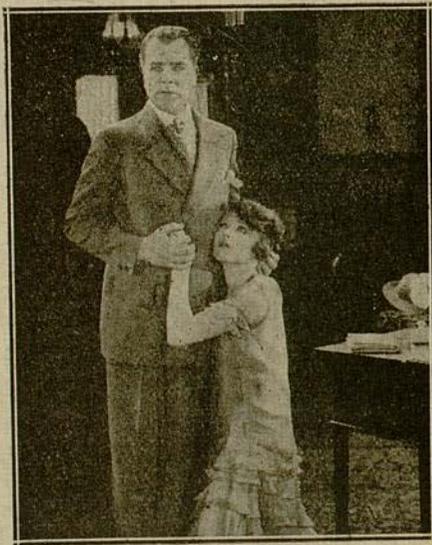
Aquella noche en su departamento del hotel, Josette sintió por primera vez en su vida que la vida no era juego y risas: era dolor sincero, arrepentimiento profundo...

De pie ante ella, Andrés habló serenamente:

—Cuando este asunto del duelo esté arreglado, volveremos a París sin dilación.

Josette al oír en los labios de su padrino la palabra duelo, que hacía tantas horas la torturaba, se arrojó enloquecida de emoción a sus pies y lloró:

—¡Cuánto me quieres! ¿No es verdad, padrino?...



—¡...No merezco que me quieras tanto! Perdóname... Tú no sabes el remordimiento que tengo...

¡No merezco yo que me quieras tanto! Perdóname... tú no sabes el remordimiento que tengo...

Andrés estrechó la blonda cabeza contra su pecho, y salió.

Desesperada, Josette se arrodilló y oró fervorosamente:

—¡Dios mío! ¡Va a exponer su vida por mí!  
¡Protéjeme, Señor!

Toda la noche velaron la angustia y la inquietud de la ahijada de Ternay. Pero al amanecer el sueño fué más fuerte que su voluntad de permanecer despierta para espiar la salida de su marido, y Josette se quedó dormida.

Pero antes de marchar, tal vez para no volver ya más, Andrés quiso recibir la despedida de la mujer cuya vida estaba unida a la suya y a su corazón ya, y entreabrió suavemente la puerta de su dormitorio. La contempló rendida a la fatiga y al sueño, y volviendo a cerrar sigilosamente, partió.

Josette se despertó ansiosa a las seis y cuarto. Vistióse apresuradamente y aun alcanzó a ver los automóviles que se dirigían al campo de honor.

—¿Dónde han ido?... ¡Hable usted, por Dios! — suplicó Josette a los porteros del hotel. Y corrió en un "taxi" tras el *auto* en que su esposo volaba a jugar su vida en honor a ella.

Pero llegó tarde. Sólo pudo ver a su padrino caer bajo el balazo de Pasqualini.

—¡Andrés! — gritó con toda su alma.

—¿Por qué has venido? — reconvinó él. Pero sobre el dolor de su herida cayó la delicia de la mirada de Josette, llena de rendimiento y de pasión.

Después de una lenta convalecencia que permitió a Josette hacer penitencia de sus ligerezas, con solitudes y devociones, Andrés declaró una tarde:

—En cuanto volvamos a París, haré las oportunas gestiones para nuestro divorcio.

Josette, disgustada volvió a la realidad con las palabras de su padrino, y abandonando la azucarera que tenía en las manos se alejó y se acodó en una baranda, enfurruñada.

—Hay que ser razonables, Josette — dijo Andrés reuniéndose con ella —. Tus tonterías y las mías no deben hacernos olvidar a ese pobre Joe Jackson, condenado a destierro por nosotros.

Al llegar al nido conyugal, en París, Andrés Ternay entregó las llaves de su casa a Josette y le dijo:

—Ya lo sabes, hijita: tú quedas dueña y señora de esta casa... Yo voy a instalarme en el Majestic por una temporada.

Agapito Panard, que se había pegado ya a su amigo, salió detrás suyo estupefacto, desconcertado.

—¡Pero lo que tú haces, Andrés, es absurdo, monstruoso y cruel!... ¡Abandonar a semejante tesoro a los dos meses de matrimonio! ¿Es posible que tengas una piedra berroqueña en el corazón?

Josette, cuando vió partir a su padrino, murmuró con una furiosa desolación:

—¡Va a ver a su Susana!... ¡No puede vivir sin ella!

El ama de gobierno que trasteaba ordenando en silencio los equipajes del matrimonio, se detuvo ante el desconuelo de la pobre abandonada que gimió:

—¡Qué desgraciada soy, señora!... ¡Dejarme así, un hombre que me ha pedido de rodillas que me casase con él!

En el Majestic, Agapito continuaba asombrándose:

—¡Has batido el "record", Andrés!... En dos

meses: un noviazgo, un matrimonio, un viaje de novios, una separación... ¡Es terrible, chico, terrible!

Una carta de Joe, entretanto, llegaba a la soledad de Josette, que iba exclamando mientras sus ojos recorrían las páginas que había escrito su novio:

—¡Oh! ¡Es grande! ¡Pobre Joe! ¡Qué cosas pasan!...

Mientras tanto, la bella Susana se disponía a reconquistar la plaza perdida, y se presentaba en las habitaciones que su antiguo amante ocupaba en el Majestic.

Por su parte, Josette, que había concebido una idea atrevida, genial como todas las suyas, llegaba también al hotel.

Susana, ante la esposa del hombre a quien se disponía a reconquistar, cedió y se preparó para marcharse, pero Josette la detuvo:

—No se vaya usted... Yo estoy encantada de esta casualidad que nos pone frente a frente...

¿Qué se proponía la traviesa criatura?

—¡Ah, señora! ¡Cuánto daría yo por ser tan bella como usted!... — suspiró Josette cuando se hubieron sentado.

—¡Oh, querida pequeña, es usted lo suficientemente linda para no envidiar a nadie!

—¡Oh, no! ¡Yo no valgo nada!... Soy... lo que Oscar Wilde llamó "una mujer sin importancia"... En cambio, yo adivino que es usted tan buena como hermosa...

—Si usted me lo permite — prosiguió Josette después de una ligera pausa —, le contaré el porqué

de mi matrimonio con mi padrino. Yo tenía un novio, un novio al que quería mucho...

Y la pícara Josette fué explicando a Susana todo el enredo y la historia de su boda con Andrés Ternay, y concluyó rogando cariñosamente:

—Déjeme a mi padrino por un poco más de tiempo, señora, y yo se lo agradeceré a usted eternamente...

Andrés salió de su cámara vestido para la cena, y se quedó sorprendido al ver a su ahijada junto con su amante.

Susana se levantó y dijo gravemente a Andrés:

—Tienes una esposa exquisita... Ahora que la he conocido, no quiero ser un obstáculo de vuestra felicidad. Amala como se merece.

—Hasta la vista, señora — saludó afablemente Josette.

—Adiós, señorita.

Agapito llegaba, y Susana se cogió de su brazo:

—¡Ha llegado usted a tiempo, Agapito! ¡Le secuestro! ¡Vamos los dos a disfrutar de la vida!

El dichoso enamorado lanzó una mirada triunfal a Andrés y se fué con su hermosa amiga.

Al quedar solos, Josette dijo a su padrino:

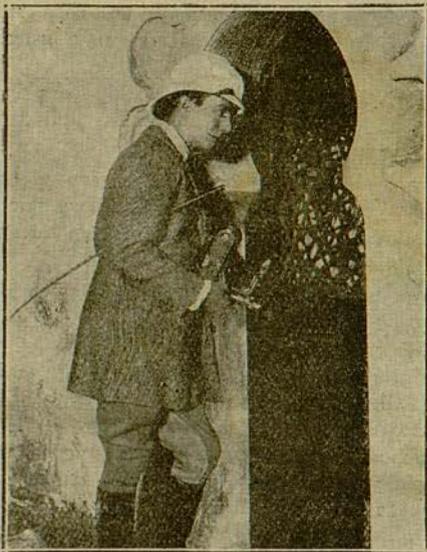
—Si me he atrevido a venir aquí, es porque tengo algo serio que contarte. ¡He recibido carta de Joe!

Josette se sentó al suelo apoyándose en las rodillas de Andrés, y leyó:

*Josette, "Darling": Un hecho sumamente desagradable va a retrasar mi regreso a Francia...*

Un relámpago de alegría iluminó la cara de Andrés.

...Había visitado toda Turquía, buscando sin encontrarlo, un poco de color local, cuando un día,



—...Me acerqué a la reja y tomé unas fotografías de aquella beldad curiosa...

en el pueblecito de Mossul, un bello rincón escapado al prosaísmo de nuestra civilización occidental, tras la verja de un jardín descubrí una "girl"

velada pudorosamente. Me acerqué a la reja y tomé unas fotografías de aquella beldad curiosa. Pero su padre, un "cadí" muy influyente, me buscó camorra y le solté un puñetazo. Fui repartiéndolos profusamente entre cuantos intentaron intervenir en el alboroto, y por fin fui detenido y conducido a un calabozo correccional. Me han condenado a tres años de encierro. Suplícale al señor Ternay que me conceda este pequeño plazo...

Andrés, maravillado de dicha, no osaba acariciar los cabellos de su esposa que caían por sus rodillas. ¡Tres años suya, todavía! Pero reaccionó. Compu-so una expresión severa y exclamó:

—¿De modo que todavía tendré que cuidar de tí por espacio de tres años?

Josette se le sentó en las rodillas y le rodeó el cuello con los brazos.

Andrés se esforzaba heroicamente para no estrechar locamente contra su pecho a aquella criatura que le embriagaba con el dulce peso de su cuerpo y la tibieza de su abrazo.

—¡Es imposible! — tuvo el valor de protestar.

—¡Hazlo, padrinito, hazlo!... ¡Tú no sabes negarme nada!... — imploró maliciosamente Josette que observaba la turbación de Andrés.

Este, ya excitado, tembloroso, cogióla en brazos y se levantó dejándola sobre la mesa.

—¡Basta! ¡Esto se ha terminado!... ¡Hasta aquí podíamos llegar! Vuélvete a tu casa y ya estudiaremos el modo de devolvete a tu padre.

Y Andrés penetró en la otra habitación y cerró la puerta. Josette bajó entonces de la mesa y acer-

cándose a la puerta por la que había desaparecido su padrino, pidió, tentadora:

—Padrinito... ¿Y me dejarás marchar sin darme siquiera un beso?



—¡Basta! ¡Esto se ha terminado! ¡Vuélvete a tu casa y ya estudiaremos el modo...

Andrés sintió que una oleada de ternura le invadía. Abrió los brazos, pero se dominó y consiguió negar:

—¡No! ¡No, no! ¡Vete, Josette, vete... te lo suplico!...

Josette oyó su voz cercana y le adivinó pegado al otro lado de la puerta. Y abrió. Se encontraron frente a frente.

—Nada más que uno, en la frente... — insistió.

Andrés sonrió violentamente y se inclinó para hundir sus labios en la catarata de oro de la cabeza de Josette. Pero ella la alzó bruscamente y murmuró apasionadamente, abrazándole:

—¡Eres tú el único hombre a quien quiero... a quien quiero desde hace mucho tiempo, sin darme cuenta yo misma de ello!

La boca anhelosa de Andrés se apretó sobre los labios rendidos de Josette. Y las caricias, tanto tiempo contenidas, se prodigaron profusamente.

Y Josette, cerró los ojos y la puerta para gustar con más recogimiento su felicidad...

A aquella misma hora Joe bailaba un charleston mientras componía su "toilette" en la mazmorra, y se daba cuenta de que desde la ventana enrejada de su prisión, la bella, causa de su aventura, le contemplaba amorosamente.

Y al cabo de pocos días, el cadí, que reconoció que un ciudadano de la poderosa Inglaterra no podía estar encerrado en un calabozo, lo libertó y lo colmó de solicitudes, quizás con algún secreto designio.

El bueno de Agapito empezaba a encontrar la vida amable y placentera, dueño por fin de la codiciada amiga de Andrés.

Aquella mañana Agapito penetró en su habitación

y entregó a Susana una carta que había recibido de éste.

*Querido Agapito: Huyo de París con el tesoro que me habían confiado y — ¡circunstancia agravante! — no siento el menor remordimiento por esta indelicadeza. Cuando dentro de tres años, un joven inglés se presente en mi casa, dile que, para castigarnos, Josette y yo nos hemos condenado a trabajos de amor a perpetuidad.*

Susana tuvo una sonrisa un poco amarga. Pero supo resignarse con Agapito y alegrarse generosamente de la felicidad de su antiguo amante y de Josette, y dijo:

—¡Bien! ¡Las cosas se arreglan para todos!

En su segundo — y éste efectivo — viaje de novios, Andrés y Josette se habían detenido en Niza, esperando el vapor que debía conducirles a Córcega.

En las oficinas de la Agencia de viajes, Andrés pidió:

—Para Ajaccio... Una cabina de lujo para matrimonio.

Al otro lado, Joe contestaba a la pregunta del empleado:

—Sí, para París.

En la cara del joven había una preocupación profunda cuando vió salir a Andrés. Corrió presuroso tras él, pero ya no pudo alcanzarlo. Penetró de nuevo en las oficinas e indicó al expendedor de pasajes:

—No, ya no quiero ir a París.

Y se acercó al departamento en que Ternay había adquirido sus pasajes.

Josette y Andrés se embarcaron y navegaron hacia Córcega, la isla de la Belleza.

Andrés se asomó a la ventanilla del camarote y dando unas revistas a su esposa, le dijo:

—Instálate en el puente, querida... yo iré luego a buscarte.

Y Josette se sentó en la cubierta al lado de una magnífica belleza de bronce, una oriental de rostro misterioso y sedoso, cuyo esplendor pronunciaba más todavía el lujo de su traje occidental. Y mientras Josette, curiosa e intrigada, trataba de entablar conversación con su hermosa compañera, Ternay, en el bar del vapor se daba de manos a boca con Joe Jackson, que le saludaba flemáticamente diciéndole:

—Señor Ternay, si estoy en este barco, es porque necesitaba hablarle...

Andrés Ternay se quedó de piedra. Vió toda su dicha desmoronada por aquel encuentro inesperado e inoportuno que le recordaba el incumplimiento de su compromiso, y tembló.

—Cuando en Francia un "gentleman" falta a su palabra, ¿cómo repara el perjuicio? — preguntó Joe sentándose con Andrés en una mesa cercana.

—Se pone a la disposición de la persona ofendida — repuso Andrés, consternado.

—¿Un duelo? ¡Oh, muy gracioso... y muy estúpido! Yo propongo algo mejor: una fuerte indemnización.

—¿Y en cuánto la estima usted? — pidió vivamente el marido de Josette, respirando tranquilizado.

—En quinientos mil francos, me parece.

Rápidamente, Andrés extendió un cheque por quinientos mil francos a la orden de Joe Jackson,

mientras éste, a su vez, libraba también un cheque por dicha cantidad a nombre de Andrés Ternay.

Al tenderse los papeles, ambos hombres se miraron sorprendidos. ¿Quién era el perjudicado? ¿Quién era el perjudicante? Por fin soltaron los dos una espléndida carcajada.

—¡Tiene gracia!... — exclamó Joe—. ¡Usted ha faltado a su palabra lo mismo que yo! ¡Ah, estos franceses, qué pillines!...

Joe reía con toda su alma y pegaba fuertes manotazos sobre la mesa y sobre la espalda de Andrés.

—¿Vamos a ver a nuestras señoras?

Subieron al puente, y las divisaron hablando animadamente.

—¡Hola, Josette! — saludó francamente Joe tendiendo la mano a su antigua novia—. ¿“How do you do?” Tengo el gusto de presentarte a mi esposa — añadió estrechando a la interesante oriental con quien Josette había intimado ya, y que no era otra que la hija del cadí que un día en Mossul fotografió Joe...

Andrés, maliciosamente, dijo a Joe:

—Y si tienen ustedes una hija, dejen que yo le sea padrino. Entonces ya no seré un padrino peligroso.

Y sobre el mar se elevaba, radiante e inmensa, la dorada luna de miel de las dos enamoradas parejas.

F I N

---

Próximo número: **BELLA DONNA**  
por Pola Negri, Lois Wilson, Conrad Nagel, Conway Tearle,  
Adolphe Menjou, etc.